

Debates, desafíos y certezas del feminismo actual

Pilar Aguilar

Crítica de cine y escritora

Preámbulo

ANTES DE ENTRAR EN EL TEMA DE ESTE ARTÍCULO, QUIERO EMPEZAR rindiendo homenaje al arrojo que tantas mujeres han desplegado y despliegan al comprometerse y luchar por la conquista de derechos para todas. No olvidemos que descubrir el feminismo perturba el mapa emocional, los marcos de referencia y los imaginarios, desestabiliza la propia identidad y el lugar que se ocupa en el mundo. El feminismo obliga a problematizar rasgos de pertenencia, a renegar de la educación recibida (y, en buena parte, interiorizada) a cuestionar certezas, perder asideros y apoyos que parecían estables y constituyentes del yo. Puede, además, generar enfrentamientos no solo con enemigos externos sino, a menudo, con personas del entorno más cercano y querido: familia, parejas, amistades.

Pero, al mismo tiempo, el feminismo abre puertas y ventanas mentales hacia la libertad y la inteligencia, agrandaba el campo de lo posible, crea lazos de solidaridad con otras mujeres y conecta a cada una con deseos muy profundos que —aunque reprimidos— siempre estuvieron ahí.

128

En resumen, haciendo balance, una vez superado un probable desconcierto inicial, ser feminista compensa aunque obligue a enfrentarse a la hostilidad, a buscar un nuevo territorio vital desde el que pensar y pensarse. Compensa porque supone la conquista de nuevos espacios de igualdad, justicia y libertad.

Un debate incesante

Después de este breve homenaje, paso al tema: el incesante debate interno y externo que, como rasgo consustancial, acompaña al feminismo desde su origen.

Debate tanto sobre prioridades de la agenda, tácticas y estrategias como sobre fundamentos, análisis y propuestas teóricas.

Esta característica resulta desconcertante -cuando no desagradable- para quienes se acercan por primera vez al feminismo e incluso, a veces, también para quienes llevamos tiempo militando. Y no solo por las asperezas que, en ciertos momentos, puede revestir la controversia en sí sino por las adherencias espurias generadas por la diversidad de temperamentos, de trayectorias vitales, de situaciones personales e incluso por el choque de egos (ya sabemos que ser feminista no consiste en presuponer el angelismo de las mujeres).

Pero, sea como fuere, hemos de aceptar que el debate ha sido y seguirá siendo inherente al feminismo.

La teoría feminista se ha construido y decantado al compás de los desafíos a los que se ha ido enfrentando. Constatamos que el feminismo ha desplegado una tremenda capacidad de conceptualización y, al cuestionar las estructuras en las que vivimos y analizar el entramado ideológico que las sustenta, ha levantado un sólido edificio crítico. Mediante investigaciones profundas, minuciosas y poliédricas de la realidad ha construido un completo y consistente corpus teórico. Y cuando digo poliédricas me refiero a que, actualmente, ya abarcan casi todos los aspectos de la vida personal y social: economía, sanidad, arquitectura, enseñanza, maternidad, relaciones de pareja, discapacidad, urbanismo, música, mundo rural, sindical etc. etc.

Esto es necesario tenerlo presente porque, a veces, se piensa que a una feminista le basta con sentir impulsos de rebeldía, de emoción. Y no, detrás tenemos generaciones de pensadoras y luchadoras y sus análisis, sus experiencias, sus conclusiones deben alimentarnos. O sea, no estamos ante una creación *ex novo*.

Entonces ¿por qué siguen tan vivas las polémicas? ¿por qué esa impresión (que no es solo una impresión) de que no cerramos un dossier cuando ya se nos abren siete más? Varias razones.

129

Los mismos perros con distintos collares

Si bien, y como acabo de decir, existe ese potente marco teórico, el feminismo carece de comité central, de estatutos, de estructura orgánica. no reparte títulos ni carnés. De modo que cualquiera puede autoproclamarse feminista para, acto seguido, soltar un despropósito cuando no una tremenda reaccionariedad patriarcal. Y de esto tenemos ejemplos diarios.

Cierto que algunas barbaries quedaron ya superadas por la historia. Baste recordar la encarnizada lucha que durante un siglo mantuvo el feminismo por la conquista de los derechos cívicos. ¿Quién los cuestiona hoy? Lo cual no significa que no puedan darse espeluznantes retrocesos. Pensemos en Brasil...y pensemos que siempre que los derechos democráticos se socavan, los primeros que peligran son los de las mujeres.

Hay prédicas patriarcales que ya «no cuelan» ni tienen predicamento en amplias capas de la población (las constituidas por aquellas personas que mantienen un pensamiento más activo, una mirada atenta sobre el mundo, una esperanza en el progreso humano). Ya nadie que merezca la pena defiende, por ejemplo, la virginidad de las mujeres, ni clama que nuestro destino en el mundo sea servir a los demás.

Lo cual no significa que no circulen propuestas que, en definitiva son los mismos perros con distintos collares. Así, por ejemplo, en estos días, me llegó vía Facebook un mensaje que, bajo la foto de una chica joven, dice: «Nuestra generación está tan preocupada por probar que una mujer puede hacer todo lo que un hombre, que está perdiendo lo que la hace única. La mujer no fue creada para hacer lo mismo que hace un hombre. La mujer fue creada para hacer todo lo que un hombre no puede hacer.»

Quienes ya estamos curtidas en el feminismo (y lo de estar curtidas no se presenta necesariamente ligado a la edad) detectamos inmediatamente las trampas. Así y para empezar ¿quién ha dicho que queramos hacer todo lo que hace un hombre? Queremos que no se nos coarte nuestro proyecto vital por ser mujeres, que no se nos vete ningún espacio real o simbólico, que no se nos someta. Las feministas ni siquiera queremos que los hombres sigan haciendo todo lo que hoy «hace un hombre» porque algunas de esas actuaciones las juzgamos nefastas. Pero, sobre todo, nos repugna el papel que el letrerito nos asigna de «hacer todo lo que un hombre no puede hacer». Cierto que solo nosotras podemos gestar, parir y amamantar, pero cierto también que la biología no es nuestro destino. No ser madre ni nos deprecia ni nos pervierte ni nos desfigura.

Rechazamos, pues y de modo radical, el esencialismo del mensaje que nos retrotrae a aquellas polémicas sobre «el feminismo de la igualdad y el de la diferencia» con el agravante del toque religioso destilado por ese «haber sido creados y creadas». Y sobre todo no aceptamos que el referente de lo que hagamos o dejemos de hacer sea el varón («todo lo que un hombre no puede hacer») ya que ese planteamiento conduce a la justificación de lo injustificable: el uso y abuso de nuestro cuerpo en función de los deseos de otros.

130

Viejos abusos, nueva virulencia

Hay usos y abusos cuya práctica se pierde en la noche del origen del patriarcado. Ocurre con la prostitución. Desde siempre, las voces feministas más cualificadas la consideraron consecuencia de la esclavitud femenina y del poder masculino sobre las mujeres y mostraron su rechazo ante tal atrocidad. Pero ahora el debate cobra nueva virulencia. Estamos ante una nueva fase. No solo porque la globalización ha convertido la prostitución —y el inherente tráfico de mujeres- en el segundo negocio del planeta, sino porque, simultáneamente -y esta es la buena noticia— el desarrollo y la potencia del movimiento feminista le permite enfrentarse sin más dilaciones a tal lacra y luchar en campo abierto contra ella. La batalla aún será larga y compleja pero nuestra victoria me parece innegable y creo que ocurrirá en esta generación.

Por otra parte, hay usos y abusos que, cierto, vienen de lejos, pero que nuevos factores actualizan. Es el caso de los vientres de alquiler. Atrás quedaron aquellas modalidades practicadas por los patriarcas bíblicos que consistían en embarazar esclavas. Y atrás quedaron (al menos en nuestro ámbito cultural) las modalidades de acumular esposas, renovar periódicamente el elenco y/o repudiar a las inservibles (modelo Shah de Irán) a fin de contar con una buena colección de herederos... Todas esas maneras de asegurar descendencia presentaban inconvenientes. Entre otros —y quizá en primer lugar— el hecho de que implicaban la existencia de una persona que, cierto, podía ser esclava —caso de Agar— pero no dejaba de ser madre del preciado hijo. Ahora la tecnología, aliada con el ultraliberalismo y con la explotación sin escrúpulos de lo que llaman «nuevos nichos de mercado», evacúan los restos de humanidad de esos procesos y construyen un imaginario que borra totalmente a la mujer-persona parcelando bestialmente su cuerpo y reduciéndola a container, a incubadora.

Cargas de mayor o menor profundidad

También surgen debates generados por las cargas —de mayor o menor profundidad— que constantemente se lanzan contra el feminismo a fin de debilitar su lucha y sus fundamentos, desviarlo y desvirtuarlo. Y no me refiero a esos ataques burdos, claramente agresivos e injuriosos que circulan en ambientes de abierta misoginia militante. Esos se descalifican por sí solos. Me refiero a manipulaciones y falsedades que se infiltran «desde dentro» y que consiguen engatusar a parte de las propias mujeres de buena voluntad y crear enfrentamientos artificiales...

Ejemplo: el intento de diluir el sujeto político del feminismo en un totum revolutum. Hacer del feminismo una especie de ONG omnímoda donde la lucha de liberación de las mujeres queda desleída en un algodonoso «heteropatriarcado» al que, además, se le pueden ir acolando prefijos ad infinitum (que yo sepa, ya hay quien dice «cisheterofalopatriarcado»). Y si solo fueran palabras... pero, más allá de las palabras subyace la propuesta de considerar el feminismo como un conglomerado de grupos que sufren y padecen diversas marginaciones. Entre las cuales destacan la lucha contra la opresión sexual poniendo el acento en los campos del deseo —cuando no circunscribiéndola a él—. Algunos equiparan la violencia que sufren las mujeres con la sufrida por aquellos hombres que no se ajustan al canon viril (violencia que no negamos y que, por supuesto, condenamos).

Quizá sea necesario aclarar que no se trata de minusvalorar otras luchas ni de quitar importancia a las alianzas con ellas. El feminismo siempre ha apoyado a quienes se rebelaban contra la opresión porque entiende que ninguna desigualdad y ni violencia le es ajena, pero el feminismo tiene su propio sujeto político (las mujeres) y tiene sus propios objetivos. No es, por tanto, una especie de «seno acogedor» (ese seno acogedor que se nos supone y exige a las mujeres tanto individualmente como colectivo) sin entidad ni fines propios que esté ahí para «socorrer», asistir y secundar a quienes sufren agresiones, acosos, ataques. No, el feminismo

no es un conglomerado heterogéneo de grupos sometidos y violentados por los poderes dominantes.

Quizá convenga puntualizar que el feminismo tampoco ignora las sobredosis de oprobio o explotación que sufren grupos específicos de mujeres: las pobres, las emigrantes, las negras, las que tienen alguna minusvalía, las que cargan con triples jornadas de trabajo (pienso en las cuidadoras de personas dependientes), etc. etc. Pero eso no significa que el movimiento feminista pueda (ni deba) sustituir a los sindicatos ni a los grupos LGTBI ni a las organizaciones antirracistas, por ejemplo. Debemos, por supuesto, interpelarnos e ilustrarnos recíprocamente a fin de enriquecer nuestras luchas, agrandar nuestros horizontes y evitar que movimientos que aspiran a un mundo mejor sigan olvidando a las mujeres y vivan con «naturalidad» el uso y abuso de nuestros cuerpos. Y, del mismo modo, es inconcebible que el feminismo desconozca el plus de opresión, oprobio y sufrimiento que padecen ciertos colectivos de mujeres.

Condiciones para un debate productivo

Y, en ningún caso, debemos rehuir la polémica con nuestros aliados (o posibles aliados) o entre nosotras mismas porque es lo que también nos hace avanzar. Pero, ante la magnitud y persistencia de algunos debates, y a fin de evitar el desgaste inútil, hemos de considerar dos aspectos:

1. La necesidad de tener claros cuáles y quiénes son nuestros referentes polémicos para no perdernos en batallas agotadoras, batallas que no tienen posibilidad alguna de originar cambios (o dicho de otro modo: hay personas o grupos con los que no debemos perder tiempo, son, claramente, el enemigo).

2. La necesidad de no obnubilarse con temáticas de moda que nos enfrentan artificialmente. Son árboles que impiden ver el bosque (es decir, que nos desvían de la lucha contra las opresiones que afectan a la inmensa mayoría de las mujeres) que nos manipulan y nos empantanán...

Con todo, sabemos que, aun teniendo esos dos principios claros, hemos de aceptar que el debate es perenne y arduo y que estamos obligadas a afrontarlo con denuedo e incansablemente. Así ocurre, como apunté, con la prostitución, los vientres de alquiler, los intentos de dilución de la lucha feminista y con otros muchos más que no cito aquí.

La buena noticia es que esto también ocurre porque el feminismo está en expansión, porque nuevas generaciones se acercan a él y traen sus propias temáticas y sus propias dudas. Cierto que, a veces, son las de siempre vestidas con nuevos ropajes pero, en cualquier caso, eso no implica que debamos taponar el debate o mandar sin más a nuestras opositoras a que lean y estudien el acervo acumulado por la experiencia de la lucha y el pensamiento feministas. No. Sobre todo no debemos actuar así con las jóvenes. Pensemos que muchas de nosotras, a su edad, no solo no habíamos leído nada sino que ni siquiera sabíamos que existía el feminismo.

Optimismo

Para rebajar la tensión e incluso la angustia que esta realidad tan llena de polémica puede generar, conviene aclarar que, después de todas las batallas, siempre hemos llegado a acuerdos y que siempre esos acuerdos han hecho avanzar el movimiento feminista. Ya apunté antes lo que ocurrió con los derechos políticos de las mujeres. Sabemos que, en su momento, hubo destacadas figuras que se consideraban partidarias de las mujeres (no hablo, pues, de los misóginos patriarcales) y que, sin embargo, cuestionaron la oportunidad del derecho al voto femenino. Sostenían, por ejemplo, que primero era necesario educar a las mujeres e independizarlas de la estricta tutela masculina. Ahora, sus argumentos nos parecen peregrinos pues sabemos que, como decía la propia Clara Campoamor: «la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad y de hacerla accesible a todos, es caminar dentro de ella». Sabemos que los procesos se dan justamente así: que solo en la medida en la que se tiene acceso a la igualdad política y ciudadana se pueden conseguir medidas que favorecen el acceso a la cultura, a la independencia, al control de la propia vida.

Pues igual pasará con estos otros debates que ahora nos cercan (e incluso agobian): las propuestas que de verdad conllevan mayor igualdad, bienestar y libertad para las mujeres terminarán decantándose. —